

Emilio Delgado López-Cózar. *Reflexiones en torno a la Misión del Bibliotecario de José Ortega y Gasset*. Granada, 1985.

La impresión que quedó en mi ánimo al realizar una primera y apresurada lectura de este breve ensayo fue la de estar ante una obra que invita a pensar, reflexión que enlaza con la concepción orteguiana del libro como idea viviente/decir escrito.

En este ensayo creo que se pueden advertir tres partes bien diferenciadas aunque dentro de un perfecto y lógico encadenamiento. En la primera, con un marcado acento filosófico, intenta Ortega exponer su concepción de la vida humana, de la misión personal (libertad individual) y de la misión profesional (necesidad social) del hombre. Un fenómeno característico de la situación científica tras la primera guerra mundial es el hecho de que los grandes intentos de descubrir ciertos principios ordenadores en el conjunto del acontecer humano partieron de la filosofía de la vida y de la sociología. En la segunda, se dedica a explicar la génesis y desarrollo de la profesión del bibliotecario. Y por último, en la tercera, tratará de definir lo que a su juicio debe ser la misión del bibliotecario abordando sus relaciones con el libro, entendidos ambos como realidades vivas.

Parte Ortega de una concepción de la vida profundamente existencialista: el hombre se enfrenta inexorablemente a sus decisiones, está abocado al abismo irresoluble de un continuo pronunciamiento. Enlaza aquí con el pensamiento unamuniano que concibe la vida como continua lucha interior, a lo que sin duda se reduce la elección, la inclinación entre varias opciones que pugnan por imponerse. Este pensamiento, el reconocimiento de la capacidad electiva insinúa ya desde el comienzo del artículo el optimismo vitalista que lo impregna hasta el final, la confianza en la posibilidad electiva que el hombre puede resolver con la sola ayuda de su libre albedrío. Esta postura contrasta fuertemente con posiciones mucho más derrotistas que se desarrollarán en Europa un poco más tarde.

Basándose en este principio previo Ortega afirmará que "hay en el hombre la ineludible impresión de que su vida, por tanto, su ser es algo que tiene que ser elegido... y, a diferencia de todos los entes del universo, los cuales tienen un ser dado ya prefijado, y por eso existen, el hombre es la única y casi inconcebible realidad que existe sin tener un ser irremediamente prefijado, que no es desde luego ya lo que es, sino que necesita elegirse su propio ser". Aquí se aprecian atisbos de una concepción esencialista del ser, que se asienta en la preeminencia absoluta de la libertad del hombre, de su radical individualidad y que entrará en contradicción con su idea de misión," elemento trascendental en el esquema orteguiano, pues sin ésta no hay hombre. Definir la misión como la "conciencia que tiene el hombre de su más auténtico ser" implica admitir la preexistencia de un ser, de un fin que informa y dirige la vida humana, que surge de lo más íntimo del hombre.

La capacidad del hombre no será, pues, la elección de su ser, sino la adaptación o no al mismo porque "la vida adquiere el carácter de realización de un imperativo". Aunque pudiera parecer excesiva la extensión dedicada a esta cuestión, conviene detenerse en la misma porque es en este punto donde se encuentra el drama orteguiano, que vemos aparecer a lo largo de este artículo y que presidirá el resto de su producción intelectual. A saber: la tendencia a la interpretación individualista de la existencia humana basada en la libertad como fuente creadora del ser frente a su concepción dialéctica de la realidad, movida por la necesidad, y el conjunto de circunstancias que conforman la sociedad. O en otras palabras el hacer compatible el yo con las circunstancias, la libertad con la necesidad -palabras de las que, por cierto y a poco de ser observador, está plagado este ensayo-. Ortega no logra conciliar estos principios contradictorios, y así lo muestra continuamente cuando dice que: "en la vida le es al hombre, no impuesto, pero si propuesto, lo que tiene que hacer" o más adelante cuando considera que "no nos hemos dado la vida, sino que ésta nos es

dada; pero eso que nos es dado -la vida resulta que tenemos que hacérsela nosotros mismos".

Por otra parte, pensar que el hombre puede elegir su destino, materializar su vocación entraña una dosis de ingenuidad inverosímil en quién repetidas veces pone de manifiesto la particular importancia de las circunstancias -el famoso adagio del yo y las circunstancias- en el desarrollo vital del individuo, que se inscribe en un marco perspectivo impuesto por éstas. ¿Puede la sola voluntad vencer "circunstancias" tan poderosas como la situación socioeconómica, el entorno social, la educación recibida, el sistema político imperante, etc ..?, ¿en qué medida la vocación no está impuesta por estas circunstancias y la misión de cada cual no consiste en adaptarse mansamente a los caminos prefijados por ésta? Parece que la consigna shopenheriana acerca de la voluntad como poder, de un querer que se hace realidad por su propia esencia, subyace en las palabras del filósofo que no podemos escuchar sin escepticismo. Sin embargo, no es extraño que Ortega pronuncie estas palabras pues con solo atender a su periplo personal podía obtener la confirmación de una trayectoria fulgurante, brillante, a la que sin duda contribuyó la desahogada situación familiar, el ambiente culto en el que se desarrolló, y las potencialidades ofrecidas por la Institución Libre de Enseñanza donde se educó. Así pues, Ortega pudo desde muy joven prever su misión, imbuirse de ella, y como Sócrates enseñaba entregarse a ella. Ahora bien, esas circunstancias que permitían a un miembro de la alta burguesía madrileña proyectar libremente su futuro y ejercer su vocación no eran las mismas para la mayoría de la población entregada más a la imperiosa necesidad del sustento que a la agradable práctica de la premonición. Sin agudizar los tintes en situaciones extremas se puede decir que no solo poca gente elige su profesión, sino que aún menos tiene la posibilidad de hacer lo. En definitiva, que la explicación de esta tesis orteguiana había que buscarla por el lado de los condicionamientos de clase.

Volviendo al hilo conductor de la argumentación, el autor una vez determinado que el hombre no puede existir sin misión y que esta no es otra cosa

que acertar a hacer lo que tiene que hacer, pasará a hablarnos de la misión profesional. La vida es quehacer, por tanto si no hacemos algo sucumbimos. Estamos otra vez ante la idea anterior que nos conducía a la contradicción ser/ quehacer. El ser es inmóvil, fijo, eterno, el quehacer es movimiento, cambio, transformación. Así pues, en la medida en que el hombre nunca puede dejar de hacer, de constituir su historia, fundamento de su existencia nunca puede llegar a ser. Tesis mantenida en su libro *La Historia como Sistema*: la naturaleza del hombre está constituida básicamente por la historia que es "por esencia variable, migratoria, evolutiva...". De nuevo nos vemos sumidos en el territorio de una suerte de inmanencia que prefija toda situación, pues para alcanzar ese objetivo "hacer lo que hay que hacer" esto debe ser previamente definido. La vida adquiera un sentido teleológico que inculca a toda decisión un carácter finalista y que confiere a la actividad un carácter de progresión.

Junto a la misión individual, Ortega coloca la misión profesional, esto es, el conjunto de actuaciones que conducen a un desempeño eficiente de la profesión. Las profesiones son el entramado que constituye el conjunto de misiones o necesidades sociales. Es interesante conocer la etiología, la génesis de las mismas. Según Ortega lo que comenzó siendo "inspiración genial y creadora de un hombre ... que inventó un nuevo quehacer" la sociedad posteriormente lo subsume y lo convierte en profesión. Este cambio implica igualmente una transformación en cuanto a las obligaciones; si en el primer caso, el individuo actúa bajo su propia responsabilidad y criterio en el segundo contrae unas obligaciones para con la sociedad que lo mantiene (es una suerte de contrato social tal como planteaba Rousseau).

Así pues, la libertad que preside la misión individual en tanto en cuanto el individuo decide su propia trayectoria vital, según Ortega, queda circunscrita, restringida o mediatizada cuando esta deviene en profesional por el conjunto de derechos y obligaciones que conllevan las relaciones sociales. La misión del bibliotecario no tiene que estar determinada según criterios individuales, sino según las necesidades sociales a las que sirve, necesidades que a su vez dependerán de las circunstancias

históricas de cada momento. Estas palabras proféticas y en cierto modo utópicas reflejan más una declaración de intenciones que una realidad, pues aunque es cierto que toda profesión, y la de bibliotecario entre ellas, evolucionan con el tiempo, esto no quiere decir que lo hagan al ritmo que lo hace la propia sociedad, y en pocas ocupaciones como en ésta se pueden apreciar desfases tan grandes entre el sentido de la una y la dirección y necesidad de la otra.

Por consiguiente, y ya pasamos a la segunda parte de este ensayo, la naturaleza de toda profesión estará determinada por la historia, que en su cambiante devenir le conferirá unas características u otras. La descripción de Ortega sobre la historia de la emergencia y desarrollo del quehacer bibliotecario es magistral. Parte de una premisa fundamental: la profesión del bibliotecario correrá pareja con la significación social que irá adquiriendo el libro. Por tanto, mientras el libro no sea sentido como una necesidad social no será posible la existencia del bibliotecario profesionalmente hablando. El libro aparece cuando existe una necesidad de comunicación en el espacio y en el tiempo. En tanto que soporte a través del cual se transmite el pensamiento y las ideas del libro y su conservación se convertirán en instrumento de progreso de la sociedad humana. Cuando surja con vehemencia esa necesidad de lectura, ese deseo de leer del que nos hablan Ronald E. Barker y Robert Escarpit, aparece la profesión de conservar, catalogar, clasificar, distribuir y difundir el libro como algo plenamente diferenciado y nítido.

Como muy bien señala Ortega es en el Renacimiento cuando se produce este fenómeno. En este momento histórico cristalizarán toda una serie de cambios filosóficos, sociales, económicos y culturales que tendrán como consecuencia el nacimiento de un nuevo hombre, de una nueva manera de concebir sus relaciones con el universo, la naturaleza, su condición. El hombre se libra de las ataduras medievales, impuestas por una concepción teocrática e inmovilista, y se desarrolla su afán por conocer, por pensar con la sola ayuda de su razón.

El libro toma, por ende, nuevos bríos. Un nuevo medio de reproducción que permita

la multiplicación a gran escala y una mayor rapidez en la difusión era imprescindible: nace la imprenta. Y con ella un nuevo hombre el "horno typographicus" del que nos habla Marshall McLuhan en su *Galaxia Gutemberg*. El hombre tipográfico es el hombre especializado, que registra su experiencia vital a partir del predominio del sentido visual. A través, por tanto, de una función, la lectura, y mediante un objeto, el libro, esto fomentó paulatinamente la preponderancia de un único sentido, el visual, y al hacer lo así creó una nueva manera de "sentir la realidad". La mente humana se transformó: el tiempo y el espacio pasaron a concebirse como lineales; el pensamiento abandonó su lado mágico para hacerse lógico, discursivo el argumento predominó sobre la metáfora.

La biblioteca se convertirá en un eslabón esencial de la cadena de distribución que permitirá hacer pasar los libros de manos de los editores a los lectores. La multiplicación de los libros, a la altura del siglo XIX es ya imponente, por lo que, la profesión de bibliotecario se ha asentado. En este momento se dará un paso fundamental: la conversión del quehacer bibliotecario en oficial. Y esto se produce, como muy acertadamente indica el autor, porque la necesidad del libro se convierte en algo ineludible para la sociedad. Por tanto, el Estado que es la forma extrema de lo colectivo, lo superlativo de lo social - concepto hegeliano del Estado- no tendrá más remedio que institucionar el nuevo oficio. El momento nuclear de este proceso será la Revolución Francesa con la que cristalizarán las ideas de igualdad y democracia, de preeminencia de la razón que conllevará la desacralización y de la cultura y la laicización social. El binomio democracia-razón se erige en la piedra angular del sistema. Para la consolidación de los nuevos valores el libro se hace imprescindible como instrumento educativo y foro de discusión. Es un axioma infalible que a una aplicación del sistema de libertades sucede indefectiblemente una explosión en la producción bibliográfica. La diversidad de opiniones que necesitan divulgarse encuentran en el libro el canal privilegiado para hacerlo, la sociedad en su conjunto recibe con avidez el producto impreso y, como señala Ortega, la cultura se hace, por primera vez en la historia occidental, una cuestión de Estado. Aquí Ortega, expresa con gran clarividencia la

vinculación cultura-democracia y su virtualidad como soporte indispensable del progreso y la civilización, relación magistralmente ilustrada por Alejo Carpentier en el Siglo de las Luces cuando simboliza el signo de la revolución en la imprenta que los insurrectos transportan a las islas.

Concluye Ortega este viaje por la historia con la descripción de la época presente caracterizada por el conflicto y el drama: el libro inventado por el hombre como soporte de conservación y vehículo de comunicación de las ideas y convertido en instrumento fundamental para el progreso de la humanidad, se rebela contra él. Al multiplicarse y especializarse con tanto rapidez rebasa las capacidades de adquisición que el hombre posee, acongojándolo y oprimiéndolo. Esta tesis no es más que la expresión de la concepción orteguiana de la vida como lucha "serie de dificultades que es preciso resolver", de la cultura y civilización como el conjunto de "instrumentos inventados por el hombre que facilitan su lucha con aquéllas" y del mecanismo de funcionamiento de la historia como sistema dialéctico: acción/reacción.

Pues bien, considero que toda esta doctrina muestra una profunda influencia de la teoría de la historia de Arnold J. Toynbee. Cuando Ortega escribe este discurso (1935) ya habían aparecido los tres primeros tomos de la obra *Estudios de la Historia* (1933). Según Toynbee reto y respuesta caracterizan el drama del alma humana y la sucesión de los actos de la historia del hombre. Una característica del crecimiento de una cultura es que los hombres reciben el reto, no de la naturaleza, sino de su propio mundo político y social circundante. En esta fase, en la que las llamadas al hombre vienen de dentro, son los individuos y grupos creadores los que toman las decisiones y arrastran tras sí a la mayoría de la población. Sin embargo, en estas elites no se trata de clases sociales, sino de grupos pioneros que se señalaron a sí mismos las tareas y emprendieron así el camino de una más alta cultura y espiritualización. Viene a continuación el momento en que esta elite hasta entonces directora, liberada de vinculaciones metafísicas, no produce ya nada nuevo, sino que eleva a ídolos las instituciones heredadas y entonces la

mayoría ya no es capaz de seguirla, con lo que la sociedad comienza a escindirse, se inicia el declive de la cultura. El hombre que vive en una sociedad en desintegración es un hombre escindido. Su polarización individual tiende a una pasividad que se entrega al mundo de los sentidos, con la falsa idea de que la naturaleza puede otorgarle unos dones creativos que son exclusivamente humanos. Como dice Ortega "el hombre se pierde en su propia riqueza: su propia cultura, vegetando tropicalmente en torno a él ... Las llamadas crisis históricas no son, a la postre sino esto".

Para entender adecuadamente estas concepciones es preciso aludir, de nuevo, al contexto histórico en que fermentaron. Hay que hacer referencia al clima de pesimismo cultural que recorre Europa en el período de entreguerras, y que Karl Jaspers describió magistralmente en su obra *Origen y Meta de la Historia*. "Después de la primera guerra mundial -escribe el filósofo alemán- cayó el crepúsculo sobre todas las civilizaciones. Presentíase el fin de la humanidad en esta encrucijada en que vuelven a fundirse, para desaparecer o para nacer de nuevo, todos los pueblos y todos los hombres. No era aún el fin, pero en todas partes se admitía ya ese fin como una posibilidad. Todos vivíamos esperando, en una angustia espantosa o en un fatalismo resignado. Reducíamos el acontecimiento a leyes naturales, históricas o sociológicas, o bien ofrecíamos una interpretación metafísica, atribuyéndola a una pérdida de sustancia". Sin embargo, a diferencia de otros autores como Oswald Spengler que en su obra *La decadencia de Occidente* muestra un gran escepticismo, Ortega está impregnado de un gran optimismo vitalista. Es por lo que, y volviendo al objeto de nuestro trabajo, ante el reto =el libro como conflicto, que tiene el hombre planteado hoy día, Ortega responde con una nueva misión para el bibliotecario.

Describe Ortega la situación del mundo del libro a la altura de los años 30 de manera aguda: hay demasiados libros y cada día se producen más; los científicos se pierden en esta selva de libros de manera que "la cultura que había libertado al hombre de la selva primigenia le arroja de nuevo a ella". Se produjo un fenómeno de saturación que era consecuencia de la lentitud de la organización de distribución a un público cuya masa crecía de día en día.

La red de comunicación impresa empezó a deteriorarse, lo que se tradujo en una crisis general. La documentación aumentaba cada vez más y no existían canales adecuados para su difusión. El problema se puede comprender más gráficamente con las palabras del profesor inglés D. Bernal, que en su obra *Science in History* dice que "es más fácil hacer un nuevo descubrimiento o formular una nueva teoría que comprobar que todavía no se ha hecho el descubrimiento o se ha formulado la teoría". Las bibliotecas más preocupadas de su función conservadora que de su función difusora se mostraban incapaces de canalizar ese flujo informativo. No es de extrañar, por tanto, que sea en estos años cuando se creen los primeros Centros de Documentación, que se multiplican rápidamente por todos los países, organizando servicios de información, fundando boletines de documentación, afiliándose en uniones nacionales e internacionales, con la finalidad básica de proporcionar y difundir información de una manera rápida y eficaz.

El problema estaba latente, y no es producto del azar que Paul Otlet publique en 1934 su *Tratado de Documentación*, obra en la que define por primera vez una ciencia del libro, que abarque desde el estudio de las formas de descripción, catalogación, conservación pasando por el análisis de las técnicas de creación, composición, hasta el estudio de los modos de distribución, comunicación, etc •. Ortega inmerso en este ambiente, diseña una nueva misión del bibliotecario, cuya actuación se orientará en tres direcciones:

1. Creación de una técnica bibliográfica de un automatismo riguroso, a través de la catalogación.
2. Organización de la producción de impresos.
3. Orientación del lector, convirtiendo al bibliotecario en un "filtro que se interponga entre el torrente de libros y el hombre.

En cuanto al primer punto, Ortega apunta la necesidad de constituir un sistema de descripción bibliográfica normalizado, es decir, que permita la objetivación de la información que se desprende de todo impreso, en orden a la identificación del contenido. Hasta ese momento las bibliografías y los catálogos venían siendo elaborados por personas de

una abnegación insuperable pero sin atenerse a unas normas fijas, lo cual evidentemente producía una gran desorientación en los usuarios y la nula intercambiabilidad de la información derivada de estas tareas. El establecimiento de normas catalográficas estables, uniformes se sentían como algo imprescindible. Este proceso de normalización, ya enunciado por Ortega, todavía hoy no se ha alcanzado a pesar del tiempo transcurrido y de la labor desarrollada por la UNESCO y la FIAB. En muchos países en la actualidad coexisten normativas de muy diversa índole, e incluso, en unas mismas instituciones no se siguen las mismas reglas.

Sobre esta base corresponderá al bibliotecario la elaboración de bibliografías y catálogos que permitan a los lectores conocer las obras que se han publicado sobre un determinado asunto así como el lugar donde se localizan para su posterior adquisición. Confeccionadas las bibliografías de forma exhaustiva los investigadores podrán realizar una historia de las ideas, en base a lo que Ortega llama "estadística de las ideas". En este sentido se puede considerar a Ortega como precursor de toda una corriente historiográfica que partiendo de Paul Otlet y Victor Zoltowski, que mostró como el pensamiento colectivo creativo impreso estaba sometido a unos ritmos históricos comparables cronológicamente a los que Siminad y E. Labrousse habían descubierto en sociología y en historia económica, ha llegado hasta Robert Estival que en su obra *La Bibliologie* ha definido toda una disciplina: la bibliometría, encargada de la estadística bibliográfica, demostrando a su vez la existencia de ciclos de creación intelectual y artística.

En cuanto al segundo punto, creo que Ortega confunde el fin con los medios. Evidentemente, no es labor del bibliotecario el control de la producción libresco, pues la posición, que éste ocupa dentro del circuito bibliológico se sitúa en el campo de la distribución, en la encrucijada entre la producción y el consumo intelectual, es decir, se trata de un medio a través del cual se comunica la producción. Ortega atribuye al bibliotecario funciones que son del editor, tal vez porque éste ocupa un lugar en el proceso de comunicación parecido al de aquél. El editor se constituye en mediador

entre dos realidades sobre las cuales su imperio está limitado: de una parte una cierta producción intelectual, de otra una inmensa variedad de necesidades culturales asociadas a situaciones socioeconómicas muy diversas. El puede expresarse sobre la producción, suscitando obras adaptadas a las representaciones que él tiene de las necesidades de "su público" y puede manifestarse sobre el consumo, informando a los lectores potenciales de la existencia de obra que pone a su disposición. Pero su margen de acción es estrecha, porque la comunicación que establece entre los escritores y el público no debe sobrepasar un cierto nivel de intensidad, bajo pena de crear un fenómeno de eco que conduce de una parte a la esterilización del escritor (reducido a imitar indefinidamente una cierta imagen de sí mismo) y de otra parte a la alienación del lector (guiado por una moda y no por su libre elección). El editor debe respetar el margen de libertad de uno y otro, sin que se reduzca su actividad a un simple mecanismo comercial. Las opiniones aquí vertidas por Ortega no son más que otro exponente de esa contradicción inicial, a la que aludíamos anteriormente, entre libertad y necesidad. y todo esto no quiere decir que el bibliotecario no pueda influir en el sentido de la producción. Muy al contrario, su experiencia es valiosísima, pues por su contacto directo con el lector, está en inmejorables condiciones para evaluar sus necesidades, sus gustos, y así determinar de algún modo la creación y edición de obras. En definitiva, será función del bibliotecario no controlar y crear la producción sino el cribarla, seleccionarla, estableciendo lo que es más útil al lector. Así, el bibliotecario se convertirá en un "filtro entre el torrente de libros y el hombre", con lo cual entramos a comentar el tercer punto. Como hemos apuntado más arriba el bibliotecario es un lazo de unión entre los dos elementos de la psicología bibliológica: el pensamiento del autor y el pensamiento del lector. El conocimiento de ambos, permite al bibliotecario orientar, aconsejar, en fin, encauzar las inquietudes cognoscitivas del usuario.

Por último, y a modo de conclusión, termina Ortega diciendo que la nueva misión de la biblioteca "habrá de ser, no como hasta aquí, la simple administración de la cosa libro, sino el ajuste, la 'mise a point' de la función vital que es el libro".

Palabras de un profundo significado y que resumen sintéticamente, a mi modo de ver, toda la concepción orteguiana sobre las bibliotecas. De nuevo, Ortega se sirve del libro para definir la biblioteca. De lo que sea uno dependerá el otro.

El libro es un decir escrito que al materializar la memoria humana la hace ilimitada, remontando las barreras del espacio y del tiempo. Pero la escritura sólo fija las palabras pero no las intuiciones vivientes que integran su sentido. Sólo cuando un hombre reproduce en su persona la situación vital donde brotaron, el libro se convierte en un ser viviente (concepción de Borges sobre el eterno retorno).

La biblioteca, por consiguiente, cumplirá auténticamente sus funciones cuando los libros que guarda en sus estantes sean "seres vivos", es decir, sean leídos y, por tanto, liberen los sonidos, las imágenes, los sentimientos, las ideas, los elementos de información que contienen con el fin de aportar conocimientos, desarrollar la reflexión, permitir la enseñanza, difundir el pensamiento y la cultura. Concebir la biblioteca como exclusivamente como depósito donde conservar, guardar, atesorar libros significa apartarse de lo que la sociedad exige de ella. La biblioteca encerrada y ensimismada no es más que un cementerio de ideas, museo de antigüedades, donde el libro apenas si tiene el valor de pasto para las polillas y demás insectos que anidan en sus anaqueles. Esta función conservadora, de larga tradición y todavía hoy bastante arraigada en nuestras bibliotecas convierte al personal que trabaja en ellas más en cancerberos que en verdaderos bibliotecarios. La biblioteca moderna debe informar, poniendo a disposición de los lectores todos los instrumentos de información; de comunicar, circular, prestar, reduciendo los depósitos cerrados en provecho de las secciones de libre acceso; de educar, enseñar, convirtiéndose en instrumentos privilegiados de educación permanente, lo cual implica que los fondos no sean concebidos únicamente en función de los gustos o de la cultura literaria; debe ser el centro cultural de la colectividad, foro de discusión, debate, exposición, etc... En definitiva, debe ser un centro vivo, dinámico como la sociedad a la que sirve.

Así Ortega hace más de 50 años.